



Travesía: OIARTZUN-BIANDITZ-IZU-GOIZUETA

José Angel García Aristizabal

Desde Bianditz: al fondo Larrun (898). En primer plano la presa Domiko.

INTRODUCCION

Los diversos plegamientos producidos en la tierra en épocas prehistóricas configuran un sistema geográfico característico en nuestro país.

Macizos montañosos, valles, ríos, pueblos... forman un conjunto maravilloso como marco incomparable donde poder desarrollar nuestra actividad montañera.

En el extremo noroeste de Gipuzkoa se encuentra el valle de Oiartzun, punto de partida para numerosas e interesantes travesías. Desde este pueblo atravesando los montes de Artikutza llegaremos a la localidad navarra de Goizueta, final de este itinerario. Paso a paso iremos descubriendo diversos parajes, una montaña humanizada tiempos antes de la era cristiana, como lo demuestran la gran cantidad de monumentos megalíticos existentes en la zona. Molinos, herrerías, leyendas, mitología... todo se agolpa en esta cadena montañosa. Lo verdaderamente interesante en nuestro caminar no es llegar a una cumbre determinada, sino el observar, recorrer el paso del tiempo y la historia de aquellos hombres que nos

Accésit de Gipuzkoa del Concurso de Artículos Pyrenaica-83, concedido «por su intento de enriquecer un recorrido por nuestras montañas con el mensaje histórico que encierran».

dejaron todo ese legado cultural para nuestro disfrute y admiración.

DESCRIPCION GEOGRAFICA

El valle de Oiartzun se encuentra en el extremo oriental de Gipuzkoa. Al N. limita con Lezo, al S. con el término de Lesaka, al W. con Orereta, el municipio de Irún al N.E. y al S.E. con las tierras de Goizueta. La altura de sus montes no sobrepasa los mil metros, siendo Bianditz con sus 840 m. el punto más elevado.

Esta cumbre es el eje de varios ramales. Así en su unión al cordal Munanier, Zaria, Aldura, Urdaburu, separa las cuencas del Urumea y el río Oiartzun. En una prolongación W. por Gatzarrieta, Almendraitz, Izu, desciende por el puerto de Arriundineta a tierras navarras de Goizueta, cerrando el circo que rodea Artikutza. Por el puerto de Arriundineta enlaza con Aiako-Arri, divisoria de las aguas del Oiartzun y el Bidasoa. Continuando las Aiako-Arri hacia el W. enlazan con Arkale, en cuyas estribaciones se asien-

ta el núcleo principal del valle. El resto de la población se encuentra desperdigada por todo el terreno en pequeñas barriadas Alzibar, Iturrioz, Ergoien, Arkale, Karrika...

UNA CARRETERA PARA HACER SIN PRISAS

Con los primeros despuntes del alba, el ajeteo y la dinámica de siempre inundarán las desiertas calles. He tenido suerte en coger el autobús que me llevará a Orereta; por poco se me escapa. Una vez allí transbordo a otro autobús hasta Alzibar. Se hace pesado este corto viaje, el ruido del motor no me hace despertar de mis pensamientos, ¿qué hay?, parece que va a hacer buen tiempo, ¿viste la «peli» de la noche?... Hoy no tengo que hacer las consabidas preguntas de cada domingo, hoy no, hoy caminaré solo o quizás no...

Dejo atrás Iturrioz, como siempre volviendo la cabeza para contemplar su hermosa casa-torre Alzibar, final del trayecto. Nada más bajar del autobús junto a una pequeña plaza destaca un bello crucero. De aquí par-

te la carretera que asciende en múltiples curvas a Artikutza.

Durante unos metros continúo por ella. Un puente de antiguo empedrado de un solo arco nos sitúa en la margen izquierda del río. Sigo por un ancho camino que atraviesa varias fábricas. No tengo ninguna prisa, atrás van quedando Alzibar, Iturrioz, Oiartzun.

Siempre me ha atraído este pequeño valle. Antiguamente extendió sus dominios hasta Hondarribia y Orereta. Con el auge que iba tomando esta última población, debido a su importancia como puerto de mar, las luchas y guerras fueron constantes, hasta la independencia municipal de Orereta. Hoy se pueden ver varias casas señoriales con escudos de armas en sus fachadas fruto de aquella época. Así, por su importancia ya que se trata del solar más antiguo de Gipuzkoa, destaca el caserío Ugarte. En el escudo del valle queda también reflejado el espíritu guerrero de entonces. En el mismo destaca una torre de piedra almenada, en el centro y sobre una puerta un escudo con una flor de lis y asomando por detrás dos cabezas de lobos.

Una senda bien marcada junto al cauce del río me lleva hasta Karrika. Se trata del barrio más pequeño de Oriartzun, pero no por ello de menos historia que el resto del valle. Una estrecha carretera lo atraviesa de lado a lado. Casas a izquierda y derecha, algunas de construcción reciente pero sin estropear el entorno, sin embargo, hay dos caseríos que, por su grandeza, en seguida atraen la curiosidad del caminante. Uno de ellos, junto al río, se trata de un antiguo molino conocido en la zona simplemente por Errota, aunque según me indicaron su nombre completo es Arrazkuko-Errota. Es de destacar su tejado a tres vertientes, caso poco frecuente en nuestra geografía. El otro, de sobria construcción, es el caserío Vidassoro, de amplias formas, con tejado a cuatro vertientes.

GANANDO ALTURA Y ENTRANDO EN LA PREHISTORIA

Dejo aquí la carretera. Una pista gana altura rápidamente. El repecho es fuerte y se agradece el frescor de esta mañana. Lentamente, voy superando metros de desnivel. Es curioso: ante este esfuerzo no encuentro palabras de desánimo, todo lo contrario, me ayuda a seguir adelante. Una fuente al pie del camino es un agradable motivo para detenerse unos momentos. Más arriba un caserío surge entre árboles en un amplio collado: se trata de Zaldin, en la actualidad desocupado. Es triste este retroceso natural, este abandono de viviendas para trasladarse a las grandes ciudades. Multitud de argu-



Cromlech de Oihanleku N, en una importante estación megalítica.



Cromlechs de Arritxulangaina, cerca de Bianditz.

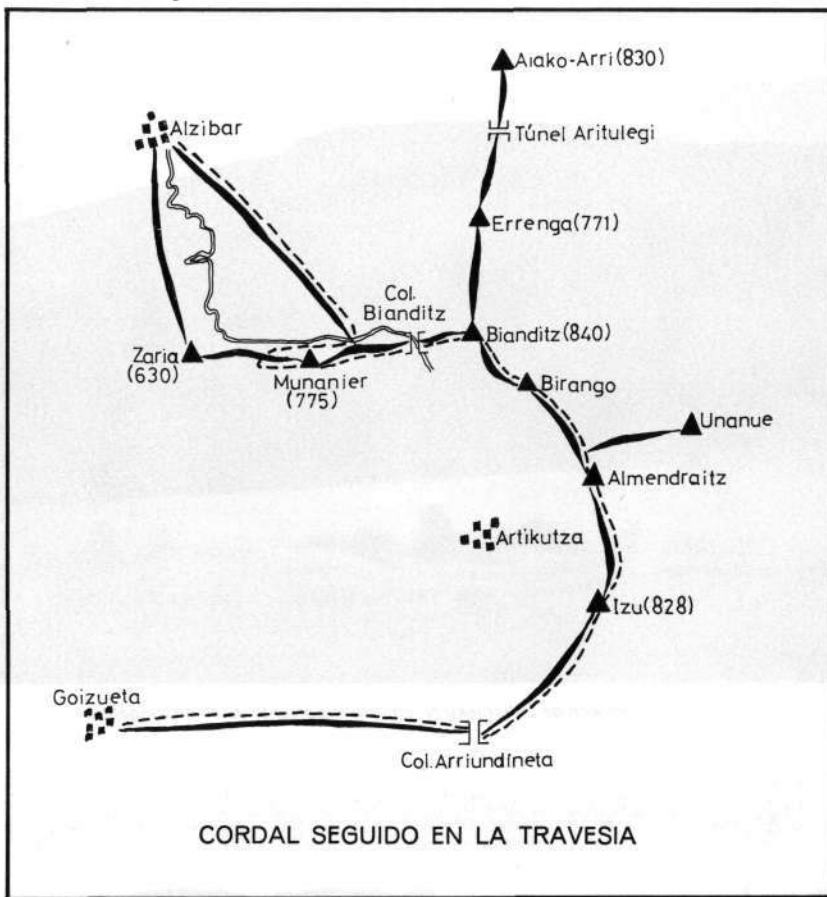
Mojón en el collado de Pagolleta (680) entre Al-mendraitz e Izu.

mentos apoyan este hecho, pero siguen sin convencerme; vivo en otro mundo, otros ideales. Una última mirada atrás. Enfrente se distingue otro cordal, el antiguo camino que por Zaria iba a Goizueta. Allí se encuentran los restos de la ermita Ozenzio que tuvo su origen e importancia en las guerras carlistas. Cada camino, cada caserío, cada piedra representa una historia viva. ¿Prisa? Ninguna. Hay que caminar descubriendo los detalles, la belleza en sí de todas estas cosas.

Cercano al cordal antes citado me hablan del caserío Berin Zar, próximo a la cueva de Altziberri, donde habitaban los gilenak.

Es curioso cómo estos relatos mitológicos se repiten constantemente en diversos pueblos, aun estando separados por muchos kilómetros.





Entre las muchas creencias que existen en el valle hay una que por su testimonio merece la pena ser escuchada. El gran etnógrafo J. M. Barandiarán ya la recoge en uno de sus libros. Los nativos del valle tienen la creencia de que aquel que tiene verrugas y las quiere sanar, coge tantos granos de sal como verrugas tiene y las coloca en un pañuelo que con una moneda depositará en un cruce de caminos. El viajero que eche su mano sobre el pañuelo adquirirá las verrugas. ¡Magnífico sistema de curación! Hay tanta verdad como inocencia en estas palabras. ¡Cómo ha cambiado el mundo en tan poco tiempo! Estos valores propios de nuestra tierra, estas tradiciones, este patrimonio cultural debe prevalecer por siempre, no debemos dejar al paso del tiempo que nos oculte algo que es nuestro.

Una borda bien conservada junto a un bosque de robles señala el paraje conocido por Oihanleku. Cercanos se encuentran los cromlechs (mairubaratza) del mismo nombre. Estoy ante una importante estación megalítica: Basate, Oihanleku N y S, Munerre, más arriba Kauxo I y II, son el fiel testimonio de una cultura ancestral que se desarrolló en estos montes, una actividad pastoril con la que comenzó ese hombre antepasado nuestro.

Una pequeña subida me situará en la carretera que va a Artikutza.

Descendiendo unos metros hasta el collado de Kauxo se pueden observar varios cromlechs más. Desde aquí, alcanzar la

cumbre de Munanier es una suave ascensión. El rápido descenso me sitúa en el popular collado de Bianditz. Numerosos coches se agolpan en este alto, como casi todos los días festivos. La cumbre de Bianditz no está lejana, alcanzarla no supone gran esfuerzo. Una corta subida va salvando los metros que me separan de esta cumbre. Antes de llegar a la misma, sobre un pequeño rellano junto a la valla divisoria, se encuentran los cromlechs de Arritxulangaina. Como se puede apreciar, constantemente se ven vestigios de esa cultura predominante en nuestras tierras. A su lado un curioso mojón lleva un símbolo grabado a modo de bastón que indica la pertenencia de estos montes durante muchos siglos a la Colegiata de Roncesvalles. Con la desamortización de Mendizabal, el marqués de Acillona tomó posesión de estos terrenos y en 1919 sus herederos lo vendieron al municipio de Donosti.

Bianditz (840 m.), coronado por un vértice geodésico, constituye una envidiable atalaya: Jaizkibel, Larun, Peñas, Mendaur, Ekaitza, Izu, Adarra-Mandoegi, van recreando mi vista.

DE BIANDITZ A IZU

Una corta bajada me sitúa en un pequeño collado desde donde se sube cómodamente a Galtzarrieta. El descenso es un tanto fuerte, hasta un extenso collado dominado por

un refugio y varios rediles. Es en este lugar donde se junta el camino que proviene de Eskas.

Un nuevo repecho me lleva a la poco conocida cumbre de Birango. Un monolito puesto en pie (¿menhir?) destaca en la misma. Suavemente se alcanza el collado Elutza. Encuentro varios coches en el lugar, unos chavales gritan corriendo tras una pelota, las mujeres charlan animadamente, sentadas en cómodas sillas, mientras los hombres preparan unas apetitosas chuletilas en una rústica parrilla. Forman el cuadro perfecto de las familias domingueras.

Al principio el relieve del terreno ha sido un constante subir, más adelante ascensos y descensos se han ido sucediendo alternativamente. A partir de esta zona la travesía se convierte en un agradable paseo, bordeando por la parte más alta el lago de Artikutza.

Dos buitres se encuentran sobrevolando por encima de mí. Es incomparable la majestuosidad de su vuelo. ¡Qué libertad! Esa libertad con la que siempre sueñas, ese amor sin límites por ella. ¿Llegaré alguna vez hasta ti? Te busco y para ello mi camino seguirá siempre con el fin de encontrarte. Andando solo por estos parajes presentes ese anhelo de libertad, como esos pájaros. ¡Qué paz y tranquilidad respiro en este ambiente! Hay momentos de desfallecimiento, pero en el fondo merece la pena seguir adelante. No sé exactamente a cuento de qué me abordan estos pensamientos, pero es curioso comprobar que aun caminando solo siempre estás acompañado: la conciencia, tu propio yo, tu amigo... quién sabe.

Collado de Pagolleta; dos círculos delimitan el terreno de los cromlechs de mismo nombre. Un poco más adelante destaca el galgal de un dolmen que se encuentra en mal estado, apreciándose las losas que formaron su cámara.

Izu no está lejos. Abandono los rasos para adentrarme en el hayedo. Las hojas caídas crujen bajo mi paso. Nuevamente en zona despejada cojo la cresta hasta la cima. Una mirada atrás muestra en su mayor parte el itinerario realizado hasta ahora. El pequeño pueblo de Aranaz queda visible, muy cercano a mi atalaya. Recorrer su antigua calzada representa un agradable fin de etapa.

FERRERIAS: TESTIMONIOS VIVOS DEL PASADO RECIENTE

Pero eso queda para el archivo de futuras excursiones. Hoy pretendo llegar a Goizueta. El descenso de Izu es rápido por entre el extenso bosque de hayas que cubre esta zona.

Pequeñas sendas que desaparecen, arroyos saltarines me llevan a la cabecera y cuenca del Elama. Una ancha pista lo va bordeando hasta Artikutza. Este río es el más caudaloso de todos los que forman el Añarbe. Pero esto es secundario, la gran actividad industrial desarrollada en este lugar es el motivo por el que merece ser visitado.

Los grandes bosques de la zona propiciaron la construcción de varias ferrerías. Un puente de piedra de sillería de dos arcos representa un ejemplar arquitectónico preciado. Al otro lado del mismo los canales de agua, los muros antiguos, restos de viviendas en medio de este espeso follaje, nos relatan la presencia del hombre; es la ferrería de Goizarin.

De nuevo en la pista, más adelante se puede apreciar los restos de una torre enorme que llama la atención. Es el horno de Elama; tiene unos 10 metros e impresiona por su aspecto. Un poco más arriba, por entre el bosque, se localiza la ferrería del mismo nombre.

Estas ferrerías, hasta el siglo XVII, mantuvieron una gran producción.

Precisamente en en Oiartzun donde se reglamentó su funcionamiento. Los abusos cometidos con la deforestación de los bosques obligó al rey Alfonso XI a reglamentar esta situación proclamando el famoso Fuero de Ferrerías en el siglo XIV, extendiéndose a otras zonas. Más adelante esta ley fue regulada por los alcaldes del fuero.

El collado de Arriundineta señala el paso estratégico para descender al Urumea y llegar a Goizueta. Algunas canteras abandonadas marcan la ruta de descenso; varios hornos pequeños de mineral, se van alternando hasta alcanzar el caserío Alduntzin.

El sol comienza a declinar cuando aparecen ante mi vista las primeras casas de Goizueta. El esfuerzo ha merecido la pena: cromlechs, dólmenes, guerras de bandos y carlistas, arquitectura, mitos, creencias, ferrerías, han supuesto el recuerdo y la grata visión de este recorrido. ¿Qué más se puede pedir? Simplemente, su protección, labor de todos para que en su día nuestros descendientes puedan disfrutar de lo que nosotros les dejemos.

Los horarios, las prisas, las alturas, no me preocupan. He ido sin prisas, recorriendo lentamente estos caminos, disfrutando de ellos.

El autobús que de Goizueta me llevará a Hernani, rebosa de gente joven; es la salida de la discoteca, humo, bullicio, algarabía que me hacen sentirme en este mundo, y me llevan a recordar eso de un: «cada loco con su tema, que sobre gustos no hay nada escrito», pero es igual, porque el próximo domingo puedo ir a...



Puente en la entrada de la ferrería de Goizarin.



El impresionante horno de Elama tiene unos diez metros de alto.

La ferrería de Elama, escondida en el bosque.



Fotos del autor.